
Reestructuración del mercado de trabajo y Formación Profesional Ocupacional. Aproximación al caso de Córdoba

por Araceli LÓPEZ CALVO, Lourdes LÓPEZ CALVO y José TABERNER GUASP
Universidad de Córdoba

Estamos viviendo un momento histórico de grandes cambios que afectan al trabajo, al empleo y a las instituciones y políticas laborales; en este marco social se ha reavivado el permanente debate sobre la relación entre formación y empleo. Los requerimientos actuales para la inserción de jóvenes en el escenario laboral han puesto de manifiesto la creciente complejidad que ha adquirido el proceso de transición escuela-trabajo, encontrando una especial dificultad aquellos jóvenes que abandonan tempranamente el sistema educativo. De entre ellos, quienes proceden de medios sociales más desfavorecidos constituyen un *colectivo en riesgo* de marginalidad y de exclusión social. Una salida a esta situación es la planteada por las actuaciones de la enseñanza no reglada —Formación Profesional Ocupacional (FPO)— a la que optan algunos de estos jóvenes como inicio de su inserción laboral y social.

Utilizamos el término «exclusión social» en el sentido amplio de uso que en

las ciencias sociales tiene para referirse a uno de los extremos de la desigualdad. En la exclusión social se sobreponen varias desventajas, o se acentúa mucho alguna de ellas hasta impedir o dificultar una vida ciudadana «normal», dotada de derechos y ciertos estándares de bienestar. Uno de los anclajes de la inclusión ha sido hasta hace poco tener un empleo estable. Hoy la población laboral joven menos cualificada a menudo ha de conformarse con una serie continuada de empleos temporales. Pero cuando el primer trabajo se resiste a llegar, o la cadena de empleo queda rota demasiado tiempo, la opción de organizar la vida al margen de la relación laboral, e incluso al margen de la ley, cobra fuerza en los medios sociales a los que nos referimos.

En la investigación que da pie a este artículo hemos contextualizado teóricamente tales cuestiones —centrándonos en el factor laboral— y damos cuenta también de una aproximación empírica. Mediante técnicas cualitativas hemos dado

la palabra a los agentes implicados en la antes referida vía de formación no reglada en la ciudad de Córdoba. La interpretación de su discurso nos revela la percepción que tienen tales agentes de los problemas que vamos a analizar; y nos fijaremos aquí especialmente tanto en la mentalidad de los responsables de los cursos como en la de sus jóvenes con capital escolar y social más que precario; entendiendo aquí por *capital social* el conjunto de redes sociales y normas de reciprocidad asociadas a ellas a las que tienen acceso los actores para sus actividades económicas o ciudadanas (Putnam y Goss, 2003, 9). De ello, y del examen de otros informes que no nos es posible desarrollar aquí por razones de espacio, extraemos conclusiones; algunas de ellas apuntan críticas a una de las posiciones ideológicas más en boga en el debate formación-empleo; en concreto al conformismo en cuanto a la sustitución de «normalidad laboral» por flexibilidad segmentada, la cual se acompaña de la individualización de las relaciones laborales: se responsabiliza al trabajador —o aspirante a tal— de adquirir las competencias que requiere la empresa, y oblicuamente de la situación de desempleo en que se encuentra, o del propio despido. Es ésta una variante o componente del neoliberalismo económico-social, desplazador del keynesianismo, cuya larga sombra alcanza a los proyectos de desarrollo y a su legitimación científica, a las ciencias de la educación y a las actuaciones de los educadores mismos.

Nuestra tarea sociohermenéutica no se limitará, pues, a levantar acta de los discursos recogidos, sino que los cotejaremos con el estado de la cuestión labo-

ral; y adelantaremos apuntes aún poco contrastados que dan pie a seguir investigando, amén de algunas propuestas con relación a estos cursos formativos.

Mercado de trabajo y reestructuración del empleo

Durante la crisis del sistema de trabajo fordista-keynesiano se ha impuesto la flexibilización de las formas de organización del trabajo, se han desregulado las relaciones laborales y se ha configurado un mercado de trabajo segmentado que genera la aparición de amplias franjas de trabajadores frágiles.

Esta situación es reconocida, desde hace tiempo, como hecho empíricamente incontestable por los distintos enfoques; tanto por los que revelan un positivismo o funcionalismo más o menos acomodaticio, lo reconozcan o no (Castells, 1997), como por los practicantes de la crítica social; tal es el caso de quienes se sirven de la llamada teoría del mercado dual, o de las aproximaciones neomarxistas, más centradas en las estrategias empresariales, o de ambas indistintamente (Bilbao, 1993; Miguélez y Prieto, 1991). De hecho, en España, tal política ha sido impulsada legislativa e institucionalmente desde 1984, en rápida escalada que culmina situándonos con el índice más elevado de la OCDE de contratación temporal (para todo esto, vid. Polavieja, 2003). Los estudios sobre juventud o la transición escuela-trabajo también se emplazan ateniéndose a este escenario (Martín y Velarde, 2001 o Casal, 1996).

Las estrategias empresariales de fle-

xibilidad afectan a los diversos factores de la relación laboral. Simplificando podemos distinguir entre la flexibilidad que afecta a los *factores de trabajo internos* y la que afecta a los *factores externos*. La primera se basa en la polivalencia y adaptabilidad de las técnicas productivas y en la organización empresarial, en la actitud y aptitud de los trabajadores respecto al cambio en los puestos de trabajo, la mayor polivalencia de las funciones y de los servicios (jerarquía de cualificaciones) y la organización del tiempo de trabajo. La segunda se caracteriza por la diversificación de las formas de empleo, por la restauración de las leyes de mercado para la determinación del salario (sin sujeción a convenios colectivos), de las libertades otorgadas (jurídicamente) al empresario para despedir, contratar y remunerar a los trabajadores, y por la posibilidad de las empresas de sustraerse a costes fiscales y sociales (Boyer, 1986). Dentro de esta flexibilidad externa se sitúan, recientemente, la tendencia empresarial a la subcontratación de servicios, a la externalización de estructuras productivas, a los destajos, al suministro *justo a tiempo* y a otras prácticas del mismo tenor (Rothery y Robertson, 1995).

Más allá de las funciones económicas (adaptación a la incertidumbre de la demanda), técnicas (posibilidad de automatización e informatización) y sociales (gestión de recursos humanos orientada a una mayor adaptación, individualización e integración) de la flexibilidad, ésta se sostiene sobre una base ideológica. Los empresarios han ganado la batalla de la flexibilidad al lograr que

penetre en las políticas institucionales y sea aceptada por la opinión pública esta idea: la flexibilidad es la solución para los problemas del empleo y de la productividad, así como la contratación y los convenios individualizados.

Consideramos esta última aseveración como «ideología de mantenimiento» (Taberner 2003, 112 y ss.); representa bien el desarrollo actual de los acontecimientos económico sociales y los reafirma; pero en absoluto se trata de una ley natural, o algo sin alternativa histórica posible, como sus defensores neoliberales nos quieren hacer creer explícita o tácitamente. Prescindimos aquí de una exposición o crítica más completa del neoliberalismo que nos llevaría demasiado tiempo.

No cabe duda de que la vinculación entre trabajo y ciudadanía construida mediante las políticas keynesianas se está rompiendo y se han ido reduciendo las garantías sociales y laborales. Si el Estado de Bienestar se considera uno de los logros de la Modernidad, su erosión continua devuelve a algunos colectivos a una situación más bien premoderna, aunque en un contexto distinto. El trabajo, sea por el desempleo o por su carácter precario, constituye hoy un eje determinante de fractura social (Castel, 1995).

La implicación de todo ello sobre las identidades sociolaborales se traduce en la ruptura de la fuerza de trabajo como sujeto organizado, de modo que se refuerza el poder de decisión empresarial y la individualización de las relaciones laborales; se asienta el individualismo

y la *competitividad hacia abajo* como única vía de ganar; se acepta de forma esencialista el discurso ideológico de la flexibilidad como única vía posible —*natural e inevitable*— del desenvolvimiento del mercado laboral; y se extienden actitudes victimistas, conformistas y sumisas que reducen toda capacidad de organización y defensa colectiva de las condiciones de empleo (Alonso, 2000).

Uno de los colectivos que se ve impregnado por esta identidad frágil es el de los jóvenes *poco empleables*, bien por carencia de cualificaciones *competitivas*, bien por carencia de capital social o por ambas cosas. Tanto estos jóvenes, como incluso los que están mejor situados ante el empleo, lo que ya no pueden esperar son facilidades para un ciclo biográfico de trabajo estable al estilo de la generación de sus padres. No sólo desaparece la estabilidad en un empleo, sino incluso en una serie coherente de ellos, en un patrón de empleo. Salvo en sectores convenientemente cualificados, los demandantes de empleo no van a buscar un *trabajo de* sino un *curro* (sic), aunque nada tenga que ver con su anterior empleo o con sus cursos de formación ocupacional. Es lo que se ha llamado el paso de *workers* a *jobbers*. Al desaparecer el pleno empleo y desregularse el mercado laboral, a los jóvenes que buscan empleo no se les suele dar a escoger entre trabajo fijo y protegido o subempleo flexible y plural, sino entre éste último o engrosar la bolsa de buscadores de empleo. Por eso no es extraño encontrar, en éste y en otros colectivos débiles del mercado, un apoyo a las políticas neoliberales de empleo flexible. Los jóvenes desempleados

prefieren un primer empleo precario a ningún empleo. Los propios sindicatos españoles, excepciones y declaraciones retóricas aparte, se han concentrado en la defensa de los trabajadores estables, y no han sabido cómo hacer frente a la ampliación y consolidación del segmento laboral precario; indirectamente han contemporizado con el *efecto amortiguación*: cuantos más trabajadores temporales haya en una empresa, tanto más garantizados frente al despido estarán los puestos fijos. Este efecto se produce especialmente en aquellos países, como el nuestro, en los que el despido de los estables es caro (Polavieja, 2003, 76 y ss., 299 y ss.)

Sobre el caso investigado

Vamos a exponer ahora un análisis sociohermenéutico de discurso, como hemos anunciado al principio. Tales discursos fueron generados para el proyecto de investigación *La población juvenil de Córdoba que abandona el sistema educativo tras la etapa obligatoria: inserción laboral de estos jóvenes a través de la educación no reglada* (2002-2003), desarrollado por un equipo interdisciplinar de la Universidad de Córdoba. El proyecto permitió elaborar un informe técnico para el ayuntamiento de ese municipio en el marco de un convenio de colaboración suscrito con nuestra universidad. Participaron en él miembros del Departamento de Educación y del de Ciencias Sociales y Humanidades.

Esta investigación ha procedido a manejar datos socioeconómicos y culturales de los barrios de los que proceden la mayor parte de jóvenes que acuden a los

cursos de las llamadas *Experiencias Mixtas de Formación y Empleo, Escuelas Taller, Casas de Oficios y Talleres de Empleo*; algunos de ellos —adolescentes que abandonaron la escuela sin titulación alguna y en riesgo de marginalización— fueron reclutados por los educadores de calle del ayuntamiento, con miras a su inserción social. Se trata de barrios conocidos con el estigma de *marginales* desde su asentamiento; pero también un antiguo barrio obrero con tendencia a la degradación. En ambos son visibles familias que no cumplen su función socializadora adecuadamente, formas de vida propias de las *infraclases*, y actividades desviadas que pueden servir de referencia a grupos callejeros de niños y jóvenes. También se han tenido en cuenta documentos e informes sobre el desarrollo de ese tipo de cursos de Formación Profesional Ocupacional. Pero de entre todo ello hemos decidido dar cuenta aquí, con cierto detenimiento, de la mentalidad de los principales agentes implicados. Paradójicamente las palabras de esos actores de carne y hueso tienen una resonancia más general, menos localista, que las descripciones de los barrios o cursos de referencia. Sus alocuciones personales a menudo evocan un discurso globalizado por los medios de formación de la opinión pública propio del neoliberalismo económico envolvente. A quienes les parezca que esas grabaciones no revelan nada nuevo habría que recordarles que no basta con suponer que tales actores piensan así, o que «eso ya lo sabe todo el mundo», sino que conviene hacer contrastaciones empíricas continuas; lo cual proporciona nuevas pistas y alguna sorpresa de vez en cuando.

Se grabaron entrevistas abiertas a responsables institucionales de organizar los cursos, a monitores y a educadores; y discusiones de grupo con alumnos entre los que predominaban quienes no habían obtenido el título correspondiente a la educación obligatoria. En ellas se pone de relieve, además de la recepción de las ideas neoliberales, un notorio déficit de capital social en este grupo de población que tanto lo necesita, es decir, de redes que faciliten la inserción laboral de estos jóvenes. Lo cual realza la importancia de los cursos ocupacionales, además de su impotencia solitaria.

Cómo es percibida la inserción laboral en relación con los cursos por sus promotores y receptores

Comencemos por desvelar la mentalidad operativa de los responsables administrativos de los cursos de formación ocupacional. Nos referimos a quienes diseñan y coordinan los programas concretos de los cursos que se desarrollan en Córdoba, cuyo discurso se mueve entre dos planos de compleja relación no exenta de contradicciones. (No damos más detalles de ellos para conservar el anonimato de los entrevistados...).

Por un lado, en su planteamiento general, ponen de relieve la necesidad de que las *políticas activas de empleo* cumplan los objetivos de toda política económica e incentiven el funcionamiento empresarial. Es decir, han de ser políticas capaces de generar las bases y medios de rentabilidad para el sector productivo privado. La programación de los cursos debe contribuir a la formación

de una mano de obra versátil, que sepa desenvolverse desde el primer día, proporcione rentabilidad a la empresa y que esté preparada para afrontar los cambios de empleo que requiere el mercado. Tal discurso calca la *literatura managerial* de la empleabilidad y empresarialidad, suponiendo que es la mano de obra la que debe asumir la responsabilidad de reciclarse y adaptarse a esos requerimientos.

«El mercado de trabajo va... a una velocidad tremenda. Entonces, tendríamos que estar analizando... para luego hacer planes formativos a medida para la empresa..., y bueno sí, diseñarlos por competencias, que es lo que se está ahora trabajando, valorando actitudes, etcétera, tú lo que trazas es, incluso, tendencias y caminos profesionales..., es decir, yo te formo ahora en esto pero que sepas que dentro de dos años vas a tener que formarte en esto, en esto y en esto (...) no se puede decir, tú no te preocupes que cuando salgas de aquí una empresa te dará de alta en la Seguridad Social y cobrarás la jubilación dentro de no sé cuantos años, eso no, ese mensaje no puede darse, hay que ser emprendedor, imaginativo, tomar iniciativas ..., esa es la mentalidad que tienen que entender, que el mercado se paga por servicios... ¿tú que me ofreces?, esto, pues yo te pago tanto.» (entrevista 1)

Es una visión que se corresponde con la tendencia a situar en un marco estrictamente individual el proceso de información, formación y meritocratización

particular de cara a hacer currículo, buscar empleo, etc. Son políticas que rompen conceptos que en épocas anteriores eran ampliamente aceptados, como el de *normalización laboral* y el de *compromiso colectivo* en la construcción de la ciudadanía (Alonso, 2000).

En este sentido, los planificadores también resaltan la importancia que tienen las habilidades actitudinales de los demandantes de empleo para los requerimientos del mercado, habilidades que van más allá de una formación académica específica:

«Y esta es nuestra lucha (...) yo le metería alrededor del 50% de importancia que es el saberse..., la adaptabilidad social, el saber expresarse, el saber vender la empresa..., todo eso son actitudes y cualidades que se valoran.» (entrevista 1)

Aunque se responsabiliza al individuo de su éxito o fracaso en el mercado laboral, o de su inserción en él, se introduce *lo social* de manera oblicua, entendido como la adquisición de un *carácter de dirección por otros* para manejarse en equipo o con los clientes, y dejarse manejar por la empresa (Taberner, 2003, 90).

Adicionalmente el peso de la realidad lleva a que una parte importante de la programación, aunque la normativa no la contemple explícitamente, refleje la *vocación social* que acaban desempeñando muchos de los cursos. Dimensión social que se acentúa en los casos en que la institución promotora es sensible al pro-

blema de la desigualdad extrema y la exclusión social.

«Hacemos cursos de éstos del Ayuntamiento (como entidad que colabora para impartirlos) para barriadas marginales como Palmeras y Moreras... para alumnos que todavía no tienen el certificado de escolaridad. (...) El Ayuntamiento busca dónde hace falta una actuación y luego monto 3-4 cursos para oficios..., que digamos, que se aprovecha la formación y entonces lo que se pretende es sacar un poco a los alumnos de...del mundo en el que están metidos.» (...) «un curso que les obliga a venir de lunes a viernes de nueve a dos, y no les deja hacer otra cosa en ese tiempo...; pues la mayoría de estos jóvenes que quedan excluidos del sistema, si no les ofreces una formación conectada a una experiencia laboral inmediatamente retribuida de alguna manera, beca, ayudas a..., o la fórmula que sea, difícilmente entran en el circuito, difícilmente» (entrevista 2).

Esta es la otra cara de las políticas de empleo, que adquieren la función de sujetar a los individuos premarginales en los mercados secundarios de trabajo, estabilizando estos márgenes como un elemento del modelo de estructuración social. Tales políticas activas indirectamente ayudan a debilitar las *convenciones* que enlazaban las políticas sociales y las laborales sobre la idea de un modo de vida salarial normalizado y universalizado, que se consideraba anclado a los derechos de bienestar social y ciudadanía. Forman parte de la derivación del Esta-

do de Bienestar hacia un modelo asistencial más recortado, en algunos países tendente a mínimos.

Estos hechos, que afectan de forma muy intensa a los jóvenes desfavorecidos de nuestro estudio, aún añaden mayor ambigüedad, contradicción y conflictividad al, ya complejo, proceso de transición escuela-trabajo que se desarrolla actualmente; pues a pesar de todo nos cabe pensar, puestos en un extremo, que más les vale una inserción laboral frágil que verse abocados a la incorporación desviada a actividades delictivas, muy presentes en los barrios de procedencia de nuestros jóvenes.

En otro orden de cosas, las discusiones de alumnos muestran una percepción ambigua de la relación formación-empleo. Por una parte, se admite la idea de que *a más formación, más y mejor empleo*, al tiempo que, por otro lado, se percibe el agotamiento de las expectativas de esa relación directa, y crece intuitivamente el convencimiento de que las certificaciones académicas han perdido *valor de cambio* en un mercado de trabajo *fragmentado*, en el que cobra una creciente importancia el empleo en los segmentos secundarios y poco regulados:

«Es superimportante ..., ahora tienes el Graduado y lo que te piden es la FP, y de FP cuando lo saques...no sé que te van a llegar a pedir en los estudios» (grupo 1).

«Yo creo que todo lo que te enseñan en el colegio o en el instituto, eso que se llama cultura general, todo...

siempre es útil. Si te enseñan a hablar, a expresarte y entonces al saber expresarte pues llegas también más lejos; dicen: si ésta sabe hablar, pues...» (grupo 2).

«Para un trabajo, hombre, de estos que te piden papeles sí,...pero para un trabajo 'normal', pues no hace falta.» (grupo 2) «El tener una cultura o una buena base está bien,... pero luego no está relacionado directamente con el trabajo que estás desarrollando» (grupo 1).

Por último, y antes de pasar a concluir y proponer, damos cuenta de la conciencia que estos jóvenes tienen de los inconvenientes de proceder de barrios marginales, y de la falta de redes institucionales que les faciliten no sólo formación sino inserción laboral. En último término sólo pueden acogerse a la ayuda de parientes y amigos, en una ciudad con un índice de desempleo tal alto como Córdoba.

Procedencia social y redes sociales en la inserción laboral

Como podrá apreciarse por los testimonios recogidos, para el acceso al empleo se significan algunos aspectos que cobran gran importancia. Los jóvenes los enfatizan más que la certificación profesional que puedan obtener a través del curso. Las relaciones sociales de parentesco, amistad y vecindad, e incluso el azar, parecen desempeñar una importante función y, en muchos casos, son las que permiten el acceso al empleo a pesar del abandono temprano de los estudios.

Sobre todo, en trabajadores de baja cualificación y para jóvenes que buscan los primeros empleos, la familia y los amigos emergen como las redes de apoyo más próximas e importantes. En los segmentos secundarios y marginales del mercado de trabajo, otros mecanismos de intermediación más formalizados, como el INEM, entrevistas personales, etc, tienen escasa relevancia.

«A mí, me ha buscado todos los trabajos mi padre, menos uno que me lo buscó mi tío, habló con el de (empresa de plástico) y me fui allí, y ahora si no encuentro de esto, habla mi tío otra vez (...) o vas a una amiga y le dices, si te enteras de algo me avisas y así..., (...) sí, sí, por amigos y familiares; a ellos los conocen ya en su trabajo y dicen...bueno sí. (...) Mi cuñado es albañil y se lleva muchos de allí del barrio, dicen a lo mejor, que quiero un chaval, buscan a ese chaval y se lo llevan, y a lo mejor sale hasta colocado.» (grupo 3)

Los jóvenes aspirantes a trabajar van comprendiendo e interiorizando que el aspecto y modales propios de las clases acomodadas o «educadas» son los que rigen en el mercado de trabajo de los servicios. De ahí que sean receptivos a la llamada de sus educadores para que valoren las actitudes y habilidades de comportamiento. Para tareas de atención al cliente, como puestos de repartidor o dependiente en superficies comerciales, en hostelería, en restauración de comida rápida, etc., en las que la formación formal no es determinante, y a las que pueden acceder los jóvenes sin credenciales aca-

démicas, se priman cualidades y habilidades tales como la presencia física, la vestimenta, el autocontrol emocional, la soltura en la comunicación, etc. En este aspecto, la mayoría de estos jóvenes que proceden de familias y medios sociales desfavorecidos y no han sido socializados en esas habilidades que aporta el *capital cultural*, encuentran otra dificultad añadida para su inserción sociolaboral. Esto les lleva a denunciar cómo se produce una auténtica exclusión o *cierre social* en razón de la procedencia de ciertos barrios periféricos con *mala fama*. Ahí sí hemos detectado una actitud rebelde ante tamaña injusticia, alejada del lamento victimista habitual. Tienen conciencia de que se les cierra prácticamente el acceso a muchos sectores del mercado de trabajo local en virtud de su lugar de procedencia y su limitado *capital cultural* (apariencia, saber estar y desenvolverse propio de clases medias educadas) y *capital social* (red de influencias).

...«Te cogen, según como te vean ¿no? Al que sea más agradable» (...) «Es que eso (la posibilidad de empleo) tiene que ver con (rasgos de) la persona» (...) «que vayas bien vestido, que hables bien, ... en algunos trabajos te tienes que quitar el zarcillo (pendiente) o te echan para atrás.» (grupo 2)

«También donde vivas...también te perjudica mucho» (...) «le dices de dónde eres y ...¡uf!, fuera de aquí vayamos a que hagamos esto..., yo he ido a buscar trabajo a tiendas, a supermercados, a casas..., y me han rechazado por ser de dónde soy..., y eso son prejuicios que nos afectan a nosotros a la

hora de buscar mañana trabajo»; (...)« es que me han dado con la puerta en las narices..., y necesitaban gente... He ido a una tienda de ropa, y dicen: ¿de donde eres? Dices, de esto... de Las Palmeras...; pues lo siento vayamos a que robes, ¡así!» (grupo 1)

Este es un aspecto constatado por las mismas coordinadoras y monitores de la Experiencias Mixtas que, conscientes de su importancia, enfatizan en los cursos destinados a este colectivo de jóvenes en riesgo de exclusión la formación y socialización en hábitos de comportamiento y en habilidades sociales. A veces esto acaba anteponiéndose y desplazando al objetivo central de formación específica de los programas de Formación Profesional Ocupacional.

«Nuestros programas, además de tener un objetivo de cualificación profesional, tienen un objetivo de formación de hábitos de vida, hábitos saludables. Entonces nos encontramos con gente, que la mayoría traen mucha problemática añadida, muchos tienen a nivel familiar unos problemas impresionantes, malos tratos, la familia no aparece para nada, excepto a la hora de cobrar..., que si le has pagado o no»... (entrevista 3).

«Entonces, eso es lo que nosotros nos encontramos, nos encontramos gente que tiene un déficit de autocontrol, impresionante, no están acostumbrados a que nadie les diga lo que tienen que hacer (...), luego gente con un déficit de autoestima horrible. A nivel de habilidades sociales,

tienen todos los déficits del mundo.» (entrevista 4).

«...Tenemos que *normalizarlos* en todos los sentidos del mundo, antes que cualquier otro cosa y además, nos aprovechamos y le damos una formación profesional...Porque, para qué me vale que el chico sea una máquina, poniendo instalaciones de fontanería, si luego no lo va a contratar nadie por lo mal aseado que está, la imagen que tira para atrás.» (entrevista 2).

A juicio de quien coordina los programas, hay que contar además con el problema de la propia formación de los monitores:

«No sólo deberían seleccionarse por su conocimiento profesional, sino que tuvieran también nociones como educadores. Pero como los selecciona el INEM pues es complicado pedirles un perfil de profesional de un oficio y además sensible a estos problemas.» (entrevista 5).

Al no estar contemplado en la normativa reguladora de la FPO, este objetivo de cualificación en habilidades sociales, se lleva a cabo mediante el *voluntarismo* de los profesores más sensibles a las cuestiones sociales:

«Les tengo mucho fe a los nenes, siempre pienso que son el producto de lo que se han encontrado, y ya está. Y que todavía no se les ha dado la oportunidad de confiar en ellos,... (...) yo les digo, te he metido aquí porque sé que tu vales, que tienes mucha capa-

cidad y que puedes llegar..., y los pobres se quedan..., eso es que no se lo ha dicho en la vida nadie.» (entrevista 2).

Un educador esencializa el handicap sociocultural familiar y tira la toalla al considerar que alumnos de este tipo,

«no tienen solución, no sirven para nada, ni para coger cartones (...) porque es que, en cualquier lado donde vayan, los echan al día siguiente en el momento que vean la actitud que tienen, no tienen interés, (...) es que este tipo de gente está destinados a la miseria, como digo yo, para dedicarse a estar trampeando, robando.» (entrevista 3).

Esos casos a los que se acaba de aludir son minoritarios, y se refieren a los jóvenes más marcados por ambientes de marginalidad, de familias desestructuradas de barrios deteriorados. En ellos se «reproduce» de forma flagrante el estigma de su origen, la exclusión social de la que proceden. No sólo son carne de fracaso escolar sino menores en grave riesgo de quedar excluidos de su inserción social a través del trabajo. En los casos más graves ni siquiera se dejan reclutar en la FPO, para otros puede ser su última oportunidad, tal vez el último agarradero institucional para no deslizarse hacia formas de vida ilegales presentes en sus barrios.

Recapitulando y concluyendo

Como se habrá apreciado en el último párrafo, nosotros mismos, aun como hermeneutas, difícilmente podemos sus-

traernos a la ambigüedad y contradicciones presentes en los discursos producidos mediante técnicas cualitativas.

Por un lado, señalábamos que la formación ocupacional es un mecanismo de inserción en un mercado secundario, un trabajo presidido por la precariedad y la explotación postkeynesiana; por otro, esperamos que esta inserción evite que los jóvenes parados de barrios difíciles permanezcan en una situación de riesgo. (La contradicción está servida: ¿denunciamos las malas condiciones del trabajo descualificado ... y, sin embargo, valoramos positiva la inserción de jóvenes en riesgo en este mercado laboral precario, enfatizamos la utilidad social de los cursos ocupacionales?). Es tarea del pensamiento crítico sacar a la luz esas contradicciones remitiéndose, teórica y prácticamente a la vez, a una reconstrucción de la ciudadanía laboral que las políticas neoliberales van minando día a día en favor del mercado. Y eso es lo que aquí, entre otras cosas, pretendemos.

Los jóvenes estudiados producen un discurso ambivalente, en torno a la educación reglada, que revela su mentalidad en ese punto. Por un lado, la consideran útil porque aporta una cultura general, al tiempo que dota de credenciales que facilitan el acceso a determinados empleos. Por otro, el alumnado explicita en su discurso la escasa utilidad de los conocimientos de dicha enseñanza para el desempeño del trabajo a su alcance. También es ambivalente pero, en otro sentido, el discurso en torno a los cursos de FPO, que son valorados por su aportación de conocimiento y «saber hacer» para

el desempeño del trabajo pero cuyas credenciales no son percibidas como carta de presentación para una inserción laboral ventajosa.

Los trabajos precarios que les sirven de referencia sólo requieren un nivel mínimo de conocimientos formales. Pero el aprendizaje de hábitos, de normas y habilidades comportamentales cobra en la práctica una importancia creciente. Este aprendizaje, por lo general, ha estado asociado a los procesos de socialización primaria y, sobre todo, a la experiencia en el trabajo. Mas, en el caso de nuestros jóvenes cordobeses en riesgo, que abandonaron temprano el sistema de enseñanza y con escasa experiencia laboral, son los cursos de FPO los que les acercan al aprendizaje de estas cualificaciones informales. Si bien este aprendizaje de habilidades comportamentales en el trabajo se percibe, en principio, más bien como un primer paso de inserción social y laboral que como una fórmula efectiva para un futuro empleo estable, que se les antoja fuera de sus posibilidades más inmediatas.

No podemos olvidar que las políticas de formación ocupacional —como parte de las políticas activas de empleo— están destinadas a formar en oficios poco estratégicos en el sistema productivo y que vienen a engrosar los segmentos secundarios del mercado de trabajo, que marcan la frontera con las infraclases. Las posibilidades laborales que propicia el entorno inmediato de estos jóvenes, remite a una realidad laboral de bajos salarios, contratos precarios y trabajos de baja cualificación que viene a reproducir

sus referentes familiares. En parte, este escenario a menudo hace que autolimiten sus propias posibilidades formativas y sus proyectos laborales.

La revolución tecnológica no sólo crea puestos cualificados sino que destruye antiguos empleos que se transforman en trabajo descualificado; y mantiene e incluso acrecienta empleos rasos en el sector terciario. Mas para nosotros la cuestión no es sólo ésta sino la gravedad del hecho de que antes tales trabajos se correspondían con empleos fijos y con garantías sociales. Ahora, en cambio, son cubiertos demasiadas veces por contratos en prácticas, contratos temporales, rotaciones, falsos autónomos, trabajo sumergido etc...

Y es en este punto donde el *discurso de las competencias que deben integrarse en el capital humano individual y colectivo* resulta muy eficaz para legitimar o enmascarar este retroceso social. El problema social es reformulado como un problema de formación de los individuos o de la mano de obra en general. Se insta a poner en práctica políticas de formación para resolver los problemas de desarrollo económico y empleo. Pero además se responsabiliza oblicuamente al individuo de su propio fracaso en la consecución de un empleo solvente, pues se da por supuesto que quien adquiere competencias adecuadas se inserta sin problemas en el mercado de trabajo.

Quien adquiere *competencias* es a la vez *competente* y *competitivo* en el mercado laboral, un mercado cuya *eficiencia económica* —y de rebote también *social*,

se añade o se presupone— no es puesta en cuestión, a modo de dogma del neoliberalismo. La *mano invisible* del mercado no sólo aumenta los beneficios de las empresas bien gestionadas, sino que se encargará de premiar a los trabajadores aptos; y de marginar a los inep-tos que por no importa qué razones no puedan competir (darwinismo social).

A estos *incompetentes* van dirigidas las políticas de formación a desempleados para que adquieran las citadas competencias; si no las adquieren tendrán dificultades para la inserción —ya bajo su responsabilidad, según la lógica neoliberal—.

Esta mentalidad, que acabamos de resumir, está muy extendida entre los organizadores de los cursos, y la transmiten a los jóvenes; entre ellos apenas quedan vestigios de la cultura obrera de crítica y transformación social tan común en la época keynesiana. De considerarse un derecho *normal* el acceso a un empleo fijo, se ha pasado a estimarlo como un mérito, un resultado asequible sólo a quien vale y se esfuerza. Para quienes no lo consiguen queda el segundo mercado de trabajo —el precario— y la asistencia social.

En el colectivo del que se nutren los cursos de nuestro estudio, la inversión educativa institucional en formación parece estrellarse contra la función reproductora de la clase social baja (a veces infraclase) en un contexto de trabajo segmentado aunque aparentemente individualizado y meritocrático.

Bajo capa de discursos neoliberales con apoyo en teorías del capital humano y de la gestión managerial, acaba apareciendo una fuerte presencia de la *vocación social* de las políticas activas de empleo; pues a menudo, como en el caso que nos ocupa, están siendo destinadas a grupos especialmente vulnerables y débiles, que no pueden asumir con solvencia el riesgo de competir en un mercado laboral segmentado, flexibilizado y precarizado. En definitiva, consideramos que las políticas activas de empleo llevadas a la práctica a través de los cursos de educación no reglada que hemos analizado, forman parte de lo que se puede denominar nuevos estilos de políticas sociales, definidas como políticas de mínimos; una política social que interviene en los márgenes del sistema y ligada al intento de evitar la desintegración social en los colectivos periféricos y premarginales. Lo que, al fin y al cabo, representa el declive de las políticas sociales de ciudadanía total y su cambio por políticas asistenciales muy focalizadas en grupos no laborales o sublaborales. Es una asistencialización que se hace complementaria del subempleo y de la vulnerabilidad de amplios grupos laborales cuya relación salarial se encuentra cada vez menos garantizada socialmente. También compartimos con otros autores la idea de que el reto no está sólo en el sistema educativo sino fundamentalmente en transformar la organización del trabajo en el tejido productivo (Alonso, 2000; Lozares, 2000). Se trata de aprovechar mejor las capacidades y el conocimiento generados en el ámbito educativo y en cualquier otro ámbito de la sociedad que revierta en el trabajo; pero también de

reconstruir las garantías laborales en el marco de un concepto de ciudadanía ampliado, más allá del *homo oeconomicus* neoliberal.

Ahora bien, tal reconstrucción se plantea como una tarea de largo alcance en un mundo globalizado que condiciona las políticas sociales. Así que nuestro recordatorio de que *Otro mundo es posible*, al estilo del Foro Social de Portoalegre, aunque necesario, va a ser poco constructivo si no va acompañado de alguna propuesta concreta sobre qué hacer mientras tanto. Por lo que, aun sumergidos en la contradicción que señalábamos al principio de este apartado, y aunque convencidos de que es bueno intentar mantener a estos jóvenes dentro del sistema educativo reglado, o reinsertarlos luego, proponemos consolidar y ampliar los cursos ocupacionales desde una decidida política municipal.

A partir de los documentos examinados relativos a nuestro caso, la observación directa y las entrevistas, hemos valorado como muy positiva la orientación de los cursos; aunque consideramos mejorable la selección de monitores y deficitario el seguimiento de la inserción laboral del alumnado.

Las conclusiones de los estudios de caso no son sin más generalizables (a otras ciudades en esta ocasión) y, menos aún, las recomendaciones; pero sí dan pistas para otros casos a los que puedan ser aplicadas si un estudio comparativo u otra investigación pertinente lo aconsejan.

De una forma genérica consideramos un gran acierto —desde una óptica inclusiva— el que en los municipios se dé prioridad a impartir cursos ocupacionales al colectivo en riesgo aludido en la introducción: jóvenes que abandonan la escuela tempranamente y proceden de medios sociales desfavorecidos, de barrios marginales (con el fenómeno de la inmigración incluido).

Esta atención al colectivo mediante cursos, para ser eficaz, requiere un marco de política social activa e instrumentos que pueden adoptar múltiples formas, pero que deberían cubrir los siguientes objetivos:

- Llevar a cabo una observación permanente del absentismo y el abandono escolar (en colaboración con la Delegación correspondiente).
- Coordinar acciones de los servicios municipales de orientación profesional ocupacional con los Departamentos de Orientación de los centros de Educación Secundaria.
- Hacer un seguimiento crítico y continuado de la oferta y la calidad pedagógica de los cursos y de su eficiencia en la inserción.
- Concretar periódicamente las zonas de la ciudad que necesitan mayor oferta de cursos y atención de los educadores de calle (que en nuestro caso también los difunden).
- Promover institucionalmente, para esta labor de inserción, redes de

cooperación y solidaridad estables entre la administración municipal, asociaciones vecinales, empresas, trabajadores, escuelas públicas, organizaciones de voluntarios sin ánimo de lucro...; y mantener las ya promovidas.

El último punto sale al paso de la evidencia encontrada, mediante técnicas de discurso, de que el único capital social de que disponen nuestros jóvenes es la familia y los amigos. Les faltan relaciones corporativas que generen contacto y confianza entre ellos y los empleadores (el INEM no ha funcionado). Y cuando la familia y la comunidad vecinal no cumplen o no pueden con la tarea, hay que suplir la organización informal espontánea con organizaciones formales (Coleman, 2001, 51-52 y 75).

Terminemos señalando que llama la atención cómo, de forma reiterativa, en épocas de crisis de producción o de empleo, se culpabiliza a la escuela y a los desempleados de la falta de adaptación formativa a las nuevas realidades. La Universidad, la escuela, la formación profesional —reglada o no— pueden contribuir a preparar mejor a los jóvenes para el trabajo —eso no lo discutimos—. Pero en modo alguno pueden encargarse de resolver, poco menos que en exclusiva, los problemas del desarrollo, del desempleo o de la desigualdad.

Dirección de los autores: Araceli López Calvo (gs1locaa@uco.es), Facultad de Ciencias del Trabajo, C/ Adarve 30, 14080 Córdoba.

Fecha de recepción de la versión definitiva de este artículo: 10.IX.2004

Bibliografía

- ALONSO, L. E. (2000) *Trabajo y postmodernidad: el empleo débil* (Madrid, Fundamentos).
- BILBAO, A. (1993) *Obreros y ciudadanos. La desestructuración de la clase obrera* (Madrid, Trotta).
- BOYER, R. (1986) *La flexibilidad del trabajo en Europa* (Madrid, MTSS).
- CASAL, J. (1996) Modos emergentes de transición a la vida adulta en el umbral del Siglo XXI, *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 75, pp. 295-316.
- CASTEL, R. (1995) *La métamorphose de la question sociale* (Paris, Fayard).
- CASTELLS, M. (1997) *La era de la información. La sociedad red* (Madrid, Alianza).
- COLEMAN, J. (2001) Capital social y creación de capital humano, *Zona Abierta*, 94-95, pp. 47-81.
- LOZARES, C. (Coord.) (2000) *¿Sirve la formación para el empleo?* (Madrid, CES).
- MARTÍN, M y VELARDE, O. (2001) *Informe Juventud en España* (Madrid, INJUVE-Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales).
- MARTUCELLI, D. (1998) Socialization et desinstitutionalization: le cas des adolescents, *Recherches Sociologiques*, 3, pp. 91-110.
- MIGUÉLEZ, F. y PRIETO, C. (eds.) (1991) *Las relaciones laborales en España* (Madrid, Siglo XXI)
- PUTNAM, R. y GOSS, K. (2003) Introducción, en PUTNAM, R. (ed.) *El declive del capital social*, pp. 7-33 (Barcelona, Galaxia Gutenberg y Círculo de Lectores).
- RECIO, A. (1999) La segmentación del mercado laboral en España, en MIGUÉLEZ, F y PRIETO, F. (eds.) *Las relaciones de empleo en España* (Madrid S. XXI).
- ROTHERY, B. y ROBERTSON, I. (1995) *The truth about outsourcing* (Nueva York, Gower Publishing).
- TABERNER GUASP, J. (2003³) *Educación y Sociedad* (Madrid, Tecnos).
- ZUBERO, I. (1998) *El trabajo en la sociedad* (Bilbao, Universidad del País Vasco).

Resumen:

Reestructuración del mercado de trabajo y Formación Profesional Ocupacional. Aproximación al caso de Córdoba

La función de los cursos ocupacionales para jóvenes que abandonan tempranamente el sistema educativo está evolucionando de hecho hacia objetivos asistenciales. Este cambio se produce en el marco de un modelo postkeynesiano de relaciones laborales, aquí descrito críticamente, y nuevas formas de desigualdad social; y también bajo nuevas formulaciones del neoliberalismo como discurso dominante. Todo ello viene reflejado en la mentalidad de los principales agentes implicados en los cursos, de la que se exponen aquí muestras extraídas en discusiones de grupo y entrevistas.

Descriptor: Cambios laborales, formación profesional ocupacional, mentalidad de sus agentes, colectivo en riesgo, inserción laboral, capital social.

Summary:

Restructuring the labor market. Occupational labor education in the case of Cordoba

The function of occupational courses aimed at young people leaving the educational system at an early stage is in fact developing towards goals in public assistance. This change occurs within a post-Keynesian model in labor relations, which the present paper will submit to critical scrutiny, as well as under new forms of social inequality that relate to

new formulations of neoliberalism as a dominant discourse, in ways that will be illustrated through samples taken from group discussions and interviews.

Key Words: Labor changes, occupational labor education, group at risk, labor insertion, social capital.